

Fernando Fuentes Alcántara (coord.), *Guía para la enseñanza de la Doctrina Social de la Iglesia en la universidad*, Bogotá, Centro de Publicaciones CELAM, 2011.

El coordinador del texto, Fernando Fuentes Alcántara, es un sacerdote secular, licenciado en ciencias políticas y sociología en la Universidad Pontificia de Salamanca. Con anterioridad había colaborado con otros autores en el libro *Doctrina social de la Iglesia. Manual abreviado*, y en la obra colectiva *Cultura de la tolerancia* (ambos edición de la BAC, 1996), entre otros. Es también miembro del Patronato de la Fundación Pablo VI (España).

El libro que reseñamos aparece editado por la Conferencia Episcopal Latinoamericana, pero cuenta con los textos provistos por la Fundación Pablo VI y el impulso de la Fundación Konrad Adenauer. El prólogo es del Cardenal Julio Terrazas Sandoval (boliviano) y hay unas palabras previas del Cardenal Peter K. A. Turkson (ghanés y presidente del Pontificio Consejo para la Justicia y la Paz del Vaticano); la introducción estuvo a cargo del Obispo Auxiliar de Guadalajara y Secretario de la CELAM, Mons. José Leopoldo González González (mexicano, hoy Obispo Electo de Nogales).

La información ayuda a registrar el origen del libro: avalado desde Roma, escrito en España, financiado por Alemania y divulgado en toda Hispanoamérica, una empresa verdaderamente ecuménica o «católica», de no ser por su contenido «neocatólico». En efecto, avanzando en su lectura se comprueba que estamos frente a un manual de los problemas del mundo hodierno vistos desde la perspectiva de la nueva doctrina social de la Iglesia que, se sabe, ha sido recordada en el molde el humanismo personalista integral mariteniano.

El texto comprende siete partes que tratan de los desafíos actuales en América Latina y en el mundo (marginalidad, inequidad,

violencia), los cristianos frente a los desafíos sociales (movilidad humana, discriminación de la mujer, minorías afroamericanas), los principios y valores de la doctrina social de la Iglesia (dignidad humana y derechos humanos, destino universal de los bienes y unidad del género humano, verdad, libertad, justicia y caridad), la ecología y el ambiente, la economía, la política y la cultura. Basta el índice para comprobar que el libro se incorpora dentro de la corriente católica demoprogresista, sin que sea necesario un botón siquiera de prueba.

La deficiente estructura temática anticipa la pobreza conceptual (por caso, respecto de los valores libertad y justicia, puesto que de la caridad ni siquiera se da un concepto), de lo que da cuenta la ausencia notable del principio y corona de la doctrina social: la realeza de Nuestro Señor Jesucristo.

Cualquiera que haya frecuentado el *Compendio de la doctrina social de la Iglesia* del Pontificio Consejo de Justicia y Paz discernirá en este manual una metodología para aplicarlo a la realidad, una especie de mapa de lectura de la realidad cotidiana guiada por el GPS del *Compendio*. Eso sí, no ha de inquietarse si la neodoctrina social no se propone salvar su alma o establecer las condiciones para que la Iglesia lo haga, porque la preocupación actual es mejorar el mundo humano: nada inquieta más a la Iglesia que el frío europeo y el calor americano.

Juan Fernando SEGOVIA

Jacek Bartyzel, *Nic bez boga, nic wbrew tradycji*, Varsovia, Wydawnictwo, 2015.

El destacado politólogo polaco Jacek Bartyzel (1956), profesor de la Universidad de Toruń, cuenta entre sus múltiples especialidades el estudio del pensamiento tradicional europeo. En este campo ha dedicado particular atención al Carlismo. En esta ocasión nos ofrece este libro, *Nada sin Dios, nada contra la Tradición*, cuyo subtítulo describe perfectamente el contenido de sus casi cuatrocientas páginas: «La cosmovisión política del tradicionalismo carlista en España». Como quiera que el índice también se publica en castellano podemos ofrecer por lo menos una visión panorámica de su conte-

nido, ya que el conjunto nos resulta inaccesible por el desconocimiento de la lengua polaca.

La introducción trata del nacimiento del Carlismo, donde aborda la cuestión dinástica como la causa formal del mismo, distinguiendo un aspecto personal-histórico, otro jurídico y otro ideológico-político. Siguen dos partes, respectivamente sintética y analítica. En la primera expone el núcleo del Carlismo como «paladín de la Tradición». Presenta en primer lugar la singularidad del tradicionalismo al tiempo que examina las ambigüedades del mundo conservador (oscilante entre liberalismo y absolutismo, pero ajeno siempre al tradicionalismo). Se ocupa a continuación de las Españas, del subrogado que es la Hispanidad y de la herejía del europeísmo. Sigue con la distinción entre tradicionalismo español y europeo, aquél purísimo y éste no exento de contaminaciones. Y ve finalmente en la monarquía hispánica (que analiza en sus elementos: tradicional, católica, hereditaria, legítima, templada, representativa, federativa, foral, social y misionera) la encarnación del «katéchon».

Divide a continuación la segunda parte, analítica, en siete apartados. En el primero se ocupa de la caracterización del Carlismo como movimiento arraigadamente popular. El segundo afronta la visión tradicionalista del regionalismo de Vázquez de Mella. En el tercero expone la filosofía carlista de las libertades concretas. En el cuarto desarrolla la posición carlista contra los totalitarismos (fascista, nazi y comunista). El quinto explica el combate antifranquista de Elías de Tejada. El sexto se centra en el «Reinado social de Cristo» como eje central y, de resultados, el rechazo de la libertad religiosa. El último constituye una «meditación final». Siguen dos apéndices que reproducen dos textos: el primero, de Jaime del Burgo, se titula «Ideario de la Comunión Tradicionalista»; el segundo, de Miguel Ayuso, es «Legitimismo y tradición (el Carlismo, hoy)». La bibliografía es apabullante, pues parece no haber dejado ningún texto, no sólo ya relevante, sino aún menor. Y el índice onomástico impresionante. La tapa dura, con una ilustración del extraordinario pintor Augusto Ferrer Dalmau en la cubierta, simbolizan un trabajo con toda la apariencia de ser extraordinario.

José DÍAZ NIEVA

Ignacio Fernández Sarasola (ed.), *Constituciones en la sombra. Proyectos constitucionales españoles (1809-1823)*, Oviedo, In Itinere - Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2014.

Fernández Sarasola, el editor del libro, es Profesor Titular de Derecho Constitucional en la Universidad de Oviedo y, entre otros cargos y membresías, es Académico Correspondiente de la Real Academia Asturiana de Jurisprudencia. Conocíamos de él algunas publicaciones de historia del derecho público –especialmente constitucional español (como el Estatuto de Bayona y la Constitución de Cádiz)– y del pensamiento político constitucional (por ejemplo, acerca de Jovellanos o de Foronda).

Una década atrás el mismo autor había compilado y escrito la introducción a unos *Proyectos constitucionales de España (1786-1824)* que publicó el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. En la ocasión Fernández Sarasola solamente prologa el libro, dejando el tratamiento de los proyectos a los colaboradores: Antonio Filiu Franco Pérez trata del anónimo proyecto de constitución para los territorios americanos, atribuido a la Junta Central y presuntamente de 1809; Juan Miguel Teijeiro de la Rosa considera el proyecto de constitución militar de 1813 elaborado por Juan Camuñas; Jordi Roca Vernet estudia el proyecto del emigrado italiano durante el trienio liberal, Bartolomé Fiorilli, titulado «Constitución político-natural para todos los pueblos» (1821); Cayetano Mas Galvañ lo hace con el del clérigo liberal Ramón de los Santos, autor en 1822 de una teoría constitucional o constitución política para España; y Clara Álvarez Alonso examina el Fuero Real de España (1823), que tiene por base el del conde de Toreno y Martínez de la Rosa, de la masónica *Sociedad del Anillo*.

La obra es muy útil en un doble sentido: los estudios son serios y están bien documentados, de lo que habla el voluminoso texto de 500 páginas; además, en cada caso, tras la presentación, se acompaña una transcripción de los proyectos (que no fueron incluidos en la obra anterior). Pero más allá de la ventaja documental, el libro permite tener un panorama más vasto de la radicalización de las ideas liberales en España de la que no escaparon ciertos católicos. De ellos son una muestra los de Ramón de los Santos y Bartolomé Fiorilli,

pero también el Fuero Real de España, hasta este momento inédito. Y, por si fuera poco, los proyectos y los estudios previos confirman el visceral vínculo entre constitucionalismo y liberalismo, y de ambos con la secularización y la laicidad.

Juan Fernando SEGOVIA

Daniel Kelly, *Living on fire. The life of L. Brent Bozell, Jr., Wilmington, ISI, 2014.*

El autor –como recuerda el prologuista– no conoció al biografiado. Sólo escuchó una vez uno de sus discursos. Y quedó impresionado. Ese es el punto de partida. Porque, en segundo lugar, se trata de alguien que había indagado a fondo el mundo del «conservatismo» estadounidense para su anterior (y celebrado) libro sobre James Burnham. De ahí que no sorprenda, pese a todo, que se trate de una biografía excelentemente construida.

Su infancia y juventud, su liderazgo universitario, su conversión al catolicismo, su amistad con Bill Buckley (con cuya hermana Patricia se casará), su primer éxito publicístico con un libro equilibrado en defensa (aunque parcialmente crítico en sus métodos destaca el acierto de su posición anticomunista) del senador McCarthy, la defensa legal de éste cuando se produjo la censura del Senado y su apoyo político posterior, su conversión al periodismo en 1955 con la participación en el naciente semanario conservador (dirigido por su cuñado Bill Buckley) *National Review* (en adelante NR), todo ello está admirablemente expuesto, con agilidad y penetración.

Pero NR buscaba una gran coalición de la derecha, de modo que era a la vez incluyente y excluyente. Lo segundo con el racismo, el antisemitismo o el «conspiracionismo»; lo primero respecto de diversas formas «respetables» de derecha: anticomunistas de estricta observancia, anti-estadistas, entusiastas del libre mercado, sudistas agrarios y hasta tradicionalistas. El enemigo común: la izquierda. Que en Estados Unidos se llama liberalismo. Lo que nosotros llamamos así es libertarianismo para ellos.

A juicio de Bozell en la política de los Estados Unidos de los años 50 del siglo XX había que distinguir entre una mayoría de la población sanamente conservadora que se notaba políticamente en el Congreso y un *establishment* liberal que controlaba el gobierno federal y, sobre todo, los tribunales (a comenzar por el Supremo). Por eso dedicó uno de sus libros más importantes a denunciar eso que luego se ha difundido con el nombre de activismo judicial (*The Warren Court*). El libro tuvo un parto difícil, pues no apareció hasta el otoño de 1966 aunque sus preparativos son de casi un decenio antes. Pero Brent siempre tenía otro proyecto que anteponer. El resultado final fue un libro en lo esencial perteneciente a su etapa Buckley, si bien con algunos anticipos de su etapa *Triumph*. Las críticas fueron pocas y no excesivamente entusiastas. Pero no cabe duda de que en la tesis de que la revisión judicial de las leyes, introducida primero (Marshall) y radicalizada después (Warren) por la Corte, equivalía a la supremacía judicial, había mucho de original y agudo.

Va a iniciar también una carrera política que fracasa. En las elecciones de 1958 a la legislatura de Maryland no supera las primarias, aunque en 1959 se convierte en el autor del libro que firma el nuevo héroe del conservatismo, Barry Goldwater, a la postre marginado por el propio Partido Republicano sin que el interesado se revoliera. La operación, sin embargo, lanzó al estrellato a un Brent Bozell que ya era conocido por sus peripecias anteriores. Tras un primer movimiento de indignación por la retirada de Goldwater, Bozell volvió a colaborar con él, aunque rechazó escribir un segundo libro para él.

En 1960, en medio de la operación Goldwater, plantea a su mujer irse a España para terminar el libro hacía tiempo iniciado y nunca terminado sobre «la corte Warren». A la sazón estaba en España uno de sus cuñados y también su amigo Frederick D. Wilhelmsen, conocido como Fritz. Éste, como su antiguo profesor Wilmoore Kendall, era hispanófilo convencido. Según explicó años más tarde la religión determinó su decisión, pues se hallaba «en busca de un ideal de catolicismo integral». La vida en España, además, era barata. Y ofrecía algo nuevo tras los últimos cinco años de desempeñar la misma actividad en una misma ciudad. Fritz iba a desempeñar en

esta nueva etapa de Brent lo que su cuñado Bill Buckley había supuesto en los años de Yale. En enero de 1961 se instaló en una casa de campo en El Escorial. Admiraba el paisaje, la gente y la ubicuidad de lo católico. Pero, a diferencia de su mujer, no aprendió español. La familia sufrió también la vida más austera y con menos comodidades respecto a los Estados Unidos. Fritz los llevó a la romería de Montejurra de 1962 y los Bozell quedaron hipnotizados y el asombro les duró toda la vida. Simbolizaba su «reino mágico», a medio camino entre la historia y la mitología. Y su pensamiento político comenzó a cambiar. Los restos del orden social cristiano le impresionaron grandemente y el concepto de Cristiandad le arrebató. El lema Dios-Patria-Rey había comenzado a ser el suyo. La teología transfundía sus análisis políticos. El comunismo seguía siendo el enemigo, pero la perspectiva era ahora teológica. Pues, al igual que el liberalismo, no eran sino formas del gnosticismo constitutivo de las ideologías. Al que debía oponerse la Cristiandad. Se evidenció en un importante discurso pronunciado en marzo de 1962 en el Madison Square Garden de Nueva York, para el que abandonó su retiro español, y que pese a la dificultad y la excesiva duración puso al auditorio en pie. Y también en un artículo publicado en septiembre del mismo año en NR, titulado «Freedom or virtue?», que mostraba una mutación en su teoría política. Su gran amigo Frank Meyer había criticado a los tradicionalistas que cifran en el crecimiento de la virtud la finalidad de la política su olvido de que la libertad es una condición previa necesaria. De modo que el fin primario del gobierno debiera consistir en el sostén de la libertad. Antes de su marcha a España, Bozell hubiera estado de acuerdo. Pero desde El Escorial las cosas se veían de otra manera. El viejo libertario era ahora tradicionalista. Y quería ayudar a construir la Cristiandad en los Estados Unidos. Su mujer, además, había empezado a tener un problema con el alcohol y amenazaba con envenenar su relación. Había llegado, pues, el momento de regresar a casa. En febrero de 1963 volvieron la mujer y los hijos pequeños, mientras que él y los mayores esperarían al verano. Pero, sin embargo, la «etapa Buckley» (la de su conversión al conservatismo y su colaboración con su cuñado en NR) iba a terminar. Estaba emergiendo la «etapa *Triumph*». Los cimientos estaban

puestos. Pero la construcción se iba a demorar algunos años. Hasta 1966. Hasta entonces seguiría una coexistencia entre restos de la etapa anterior con materiales de la que despuntaba.

Bozell volvió al círculo más estrecho de NR. Volvió a trabajar en su olvidado libro sobre el tribunal Warren. Que salió en otoño de 1966. Volvió a la política y de nuevo no superó las primarias para acceder al Congreso. Pero se sentía cada vez más ajeno a ese mundo. De ahí que las disensiones con la línea de NR fueran cada vez más frecuentes y violentas. Dificil situación respecto de Bill Buckley, su cuñado y primer mentor. La discusión sobre el aborto entre ambos en 1965, a propósito de la declaración conciliar de libertad religiosa, que se hallaba en sus últimos estadios, fue definitiva. Brent quiso dejar su condición de editor senior de NR, sus deseos de carrera política, su condición de asesor de Goldwater... Incluso su casa de Washington. Se fue a Virginia, al campo. Y a su casa la llamó... Montejurra. Era octubre de 1965. Y ya tenía puestos la mente y el corazón en otra cosa. La llamaba la «Causa católica». Y el desarrollo del II Concilio Vaticano sólo reforzaba su decisión. Fue *Triumph*. La idea, claro, surgió de Brent Bozell y Fritz Wilhelmsen durante su estancia española. Pero el plan de acción sólo vino tras el regreso (de ambos) a los Estados Unidos. Antes de su experiencia hispana hubiera podido resultar una NR católica. Pero después... Incluso pudo haberse llamado, así, en español, «La Inquisición». No cabe duda de que además de ciencia y arrojo tenían sentido del humor.

Se puso manos a la obra, al modo de los Estados Unidos, con un comité para la obtención de fondos, integrado por Wilhelmsen, Thomas Molnar, Francis G. Wilson y Russell Kirk, con Mike Lawrence como secretario. Mandaron una primera carta de tono político dirigida a los conservadores, seguida de una segunda más marcadamente católica que apelaba a la Cristiandad (que había descubierto en España). Se trataba de obtener 100.000 \$. A finales de 1965 los tenían. El nombre, *Future*. Los redactores jefes Bozell, Wilhelmsen, Molnar y John Wisner. La secretaria de redacción Patricia Buckley. Interesaron a notables escritores católicos, el famoso historiador inglés Christopher Dawson prometió su colaboración y el arzobispo de Nueva Orleans

se comprometió a interesar a un grupo de obispos. Pronto surgió una dificultad: la Cámara Juvenil de Comercio, que tenía un órgano llamado *The Jaycees' Future*, amenazó en junio de 1966 con demandarles si no cesaban en la utilización de un título «tan parecido». La cosa era evidentemente absurda, pero prefirieron no pleitear. En septiembre de 1966, pues, el non nato *Future* salió del seno materno como *Triumph*. La idea era la misma, la visión confiada en último destino del cristianismo, pero con un toque provocador añadido: evocaba el «triumfalismo» odiado por los liberales. Se distribuyeron 7.000 ejemplares. Y esperaban crecer a un mínimo de 500 más al mes. Además la publicación iba a constituirse en la voz de un movimiento: el *Christian Commonwealth Institute* y la «tribu» (singular organización que evocaba la resistencia última) de «los hijos del Trueno». Su uniforme: la camisa caqui y la boina roja de los requetés, precedidos de cristóforos como en los Tercios de la guerra del 36, y con «Viva Cristo Rey» (en español) como grito de guerra.

La revista y la «tribu» fueron obra principal de Bozell. Kendall y Kirk desaparecieron pronto, pues Kendall falleció y Kirk se evaporó. Sólo Wilhelmsen tuvo un influjo tan importante como el de Bozell. Pero vivía en Dallas, tenía compromisos docentes y no andaba sobrado de dinero. La función de la revista –le dijo Bozell a Kirk– es ser la hoja cortante de las herejías de nuestro tiempo. Esto es, de la cultura occidental tecnocrática, materialista y completamente anticristiana. Pese a tener algunas cosas formales en común y compartir algunos colaboradores, *Triumph* no buscaba ser una NR católica sino más bien distinguirse de NR. Relación un tanto esquizofrénica, reflejo de la relación entre Bozell y Buckley. Brent estaba horrorizado con la nueva misa (*hootenmany mass*, esto es, una especie de fiesta con cantantes de folk e intervención espontánea del público, la llamaba). Y la nueva catequesis tan desmayada como la nueva liturgia. También la enseñanza católica había dejado de enseñar el catolicismo para profesar el americanismo (como sinónimo del liberalismo laicista). Esa comprensión le hizo aparecer a los ojos de los conservadores, que eran y son americanistas por lo general, como un enemigo de los Estados Unidos. A su hija Kathy de hecho la mandó a España para estudiar el Bachillerato. Y a otros amigos. Que

luego iban a la Universidad de Dallas a estudiar con Wilhelmsen. Pero, en combate con la nueva Iglesia y los Estados Unidos a la vez, el movimiento y la revista fueron decayendo.

Su personalidad generosa y bienhumorada fue perdiendo su *allure*. Y el tener que defender la autoridad frente a los excesos liberales, al tiempo que se veían impulsados a resistir muchas orientaciones de las autoridades (incluida la papal) respecto a la Misa o el ecumenismo, le fueron minando. Sus últimos años, tristes, con depresiones profundas seguidas de crisis maníacas, conviviendo con vagabundos a los que evangelizaba, tiene –como toda su vida– gran dignidad y grandeza.

Hasta aquí la apretada síntesis de un libro de extraordinario interés. En la que hemos destacado los elementos de conexión con el tradicionalismo hispánico. El autor, que no oculta su extrañeza, aunque lo haga delicadamente, no alcanza a comprender del todo las opciones del biografiado. Por eso tiende a disminuir el peso de las motivaciones religiosas en las decisiones vitales o políticas de Bozell (en su ida a España y en su vuelta a los Estados Unidos por ejemplo). Lo creo un error. Sin que eso excluya la concomitancia de otros motivos. Para nosotros, que conocíamos desde el lado de Wilhelmsen las vicisitudes del carlismo estadounidense, de *Triumph* y del *Christian Commonwealth Institute* o de los *Sons of the Thunder*, el libro ha sido un verdadero descubrimiento. Que nos permite admirar la vida y la obra del carlista Brent Bozell.

Manuel ANAUT

Victor M. Salas, and Robert L. Fastiggi (ed.), *A companion to Francisco Suárez*, Leiden – Boston, Brill, 2015.

Desde hace años la editorial holandesa Brill viene publicando una serie de manuales y textos de referencia sobre tradición cristiana en relación a la vida intelectual y religiosa en Europa entre el 500 y el 1800. El que comentamos es el volumen 53 y está dedicado al jesuita español Francisco Suárez, reputado teólogo, metafísico y escritor político, cuya fama ha sido reimpulsada en los últimos años.

Víctor Salas, uno de los editores, es profesor asociado de filosofía en el Seminario Mayor Sagrado Corazón de Detroit, y sus intereses y estudios se centran en la metafísica escolástica; Robert Fastiggi, el otro, es profesor de teología sistemática en el mismo Seminario y ha sido editor ejecutivo de los suplementos de la *New Catholic Encyclopedia*, 2009-2013.

El libro es extenso, casi 400 páginas, y abarcador pues, sin ser exhaustivo –está centrado básicamente en la metafísica suareciana–, alcanza también aspectos capitales de la obra del *Doctor Eximio*. Luego de una introducción de los editores en la que presentan al hombre y su obra, siguen trece capítulos y un epílogo en el que se analiza la metafísica (su objeto, los entes de razón, la epistemología de los universales, la doctrina de los conceptos, la analogía del ser), la teología dogmática, la psicología, la ley natural, el pensamiento político y jurídico, etc. Algunas colaboraciones han buscado reflejar la importancia y trascendencia del suarismo más allá de su época, por caso, la vinculación con Heidegger y la metafísica moderna, la influencia en el escolasticismo protestante del siglo XVII o la matriz barroca del pensamiento moderno.

Incapaz de adentrarme y evaluar todos los aportes del texto (especialmente en metafísica y teología), quisiera resaltar el núcleo de dos de los capítulos ligados a las doctrinas jurídicas y políticas del P. Suárez. Jean-Paul Coujou –reconocido especialista en Suárez– se concentra en las ideas políticas y jurídicas suarecianas, las pone en contexto y las explica con toda objetividad. Con todo haber expuesto que la naturaleza vinculante de la ley es la decisión del legislador, empero Coujou no se detiene en recalcar la ruptura voluntarista en la concepción del Eximio. No obstante, el voluntarismo está mejor explicado en la constitución del Estado a partir de la libertad natural de los individuos, que Suárez expone sin rechazar la observación aristotélica acerca de la naturaleza social del hombre. Allende la conflictiva compatibilización de ambas posturas, el autor desgana la teoría del Estado de Suárez, la sujeción al bien común y la autoridad indirecta de la Iglesia en los asuntos temporales. La objetividad que destacamos, sin embargo, hubiera demandado poner en contraste las

ideas de Suárez con las de Aquinate, por ejemplo, para hacer evidentes las diferencias y subrayar la perceptible modernidad del Eximio. Y un cuidado del lenguaje, en otras ocasiones, hubiera sido lo aconsejable, como no decir «pluralismo político» para referirse a la plural composición de lo social.

El jesuita Paul Pace reflota la doctrina del Eximio sobre la ley natural, que le parece de actualidad. Su contribución es sobria y ajustada a las enseñanzas del teólogo granadino; destaca la influencia del nominalismo; en consideración de la disputa con Gabriel Vázquez matiza los elementos voluntaristas –inevitable éste, pues la ley según Suárez es un acto de la voluntad–; analiza sus preceptos y su inmutabilidad; refuta la idea de una ley natural permisiva; estudia la epiqueya y se detiene en las dificultades en torno a si Dios puede dispensar de cumplir con la ley natural en razón de su poder absoluto. Finalmente marca algunas dificultades internas de la concepción suareciana y las resuelve.

En síntesis, estamos –por lo que podemos ver en los capítulos seleccionados– ante un libro logrado siquiera en cuanto a la exposición de las doctrinas del P. Suárez. Pues si en los capítulos que hemos tomado de muestra el pensamiento del Eximio está manifestado con integridad, no podemos dejar de observar una inclinación favorable de los autores hacia las enseñanzas suarecianas. Lo que se podría explicar en virtud de la modernidad de Suárez –metafísica y jurídico-política– que lo vuelve más compatible con nuestro tiempo, al menos más que otros escolásticos del suyo.

Juan Fernando SEGOVIA